

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 382

25 Cts.

EB.



**EL JINETE  
ROJO**

Por  
**Priscilla Dean**

**FilmoTeca**  
de Catalunya

FORMAN, Tom

**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

EDICIONES BISTAGNE

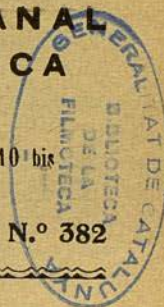
Redacción PASAJE DE LA PAZ, 10<sup>bis</sup>

Administración Teléfono 18551

Año VII

BARCELONA

N.º 382



**EL JINETE ROJO**

(THE CRIMSON RUNNER, 1925)

Novela de aventuras, interpretada por

PRISCILLA DEAN

**Exclusiva del**

**PROGRAMA ARAJOL**

Aragón 226

BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de

CHARLES ROGERS

# EL JINETE ROJO

## Argumento de la película

En el año 1914, Viena, la ciudad jardín, la ciudad de los placeres exquisitos y de las risas suaves, había sido sacudida por la vibración de los clarines guerreros, y el entusiasmo bélico había sido como una llama que prendió en las multitudes.

Entonces despertaron auñando los lobos de la guerra, y en sus pupilas brilló la lumbre de un odio ancestral.

Y pasaron tres años de luchas cruentas, de sangre vertida, que convirtieron el paraíso vienés en un cementerio de cadáveres y de esperanzas, sobre el que, como bandera de dolor, tendió el hambre sus trágicos harapos.

Claudina Schreber era tres años antes una distinguida señorita de la clase media; ahora, sólo una de tantas y tantas víctimas inocentes de la guerra.

Cierta día, desesperada por la situación en que se encontraban ella y su padre, pues llegaban a

pasar hambre, se apoderó de una longaniza en una tienda de comestibles.

Empezó a correr, perseguida por el indignado tendero y por unos guardias.

Claudina logró llegar a su casa, desorientando en su huida a los perseguidores.

Vivía en el último piso de una casa modesta, con su padre, el profesor Alfredo Schreber, que en el frente había adquirido la parálisis que le tenía ahora amarrado a su sillón como un galeote a su galera.

Mostró entusiasmada al paralítico la longaniza robada.

—Hoy podremos comer, padre.

En las pupilas del desdichado brilló una luz de alegría.

Por aquellos días amargos había en Viena como en todas partes, hombres que comerciaban con el hambre y con la muerte. Uno de éstos era el señor Gregorio, que de humilde portero de la casa donde habitaban los Schreber, había saltado a propietario, utilizando como trampolín la desaparición de su amo en el abismo sin fondo de la Tierra de Nadie.

Gregorio era el terror de los inquilinos, no dejándoles retrasarse en el pago. Cuando no podían pagarle en dinero, lo hacían en alhajas o mercancías: la cuestión era cobrar.

Claudina y su padre se disponían a comer, cuando llamaron a la puerta. La muchacha ocultó el alimento bajo un diario y franqueó la en-

trada. Era Gregorio, quien en forma valiente dijo:

—¿Cuándo piensa usted pagarme el alquiler?

—¡No tenemos dinero!—dijo la joven—. ¡Están los tiempos tan malos! ¡Tenga usted un poco de paciencia!

—¡Nada, nada; de paciencia no se vive! ¡Venga el dinero!

—Pero, señor...

El paralítico le contemplaba con tristeza. ¿Y no habría piedad para él?

De pronto Gregorio descubrió el embutido.

—¡Magnífico!—dijo—. Se alimentan ustedes, ¿eh? ¡Y de lo sabroso!

Y probó el tocino que esparció su fuerte olor.

—¿Y de dónde has robado eso, prenda?

—¡Yo no lo robé! ¡Lo encontré en la calle!—protestó Claudina.

—¡Qué asco!

Y echó la mercadería lejos de él... ¿Quién la habría tocado antes?

—¡Lo mismo que consigue usted alimentos, salga y consiga dinero!—gritó Gregorio—. De lo contrario, usted y su padre se van a la calle.

El paralítico, haciendo esfuerzos desesperados, rugió:

—¡Es usted un miserable, Gregorio!

—¿Después que no paga, aun me insulta? ¡Vamos, pronto, a la calle! ¡A buscar el dinero para pagarme!

Claudina se negó, y entonces el brutal casero

cogió rudamente a la muchacha, pretendiendo obligarla a salir. Ella pudo deshacerse de sus brazos y se encerró en la habitación próxima.

Mas el propietario quería cobrar, cobrar de todas maneras... Empujando rudamente la puerta, entró en aquella estancia, logrando ceñir con sus brazos a Claudina y azotándola luego con un cinturón. La hermosa joven luchó desesperadamente, y en la pelea destrozó sus ropas y dejó al descubierto sus hombros de rosado color.

—¡Eres hermosa... demonio!—dijo Gregorio.

Y olvidándose del cobro del recibo fué acometido repentinamente por infames deseos, y pretendió besar a la linda joven.

Su baba de inmundos reptil mojaba la soberbia garganta de Claudina.

El paralítico, inmóvil en su sillón, crispaba los puños con el furor del odio y de la impotencia.

Con un desesperado esfuerzo de su voluntad de padre, se levantó, y, tambaleándose bajo sus pobres pies sin vigor, corrió hacia el malvado. Lanzóse sobre él... pero ¿qué iba a hacer el pobre viejo?

Gregorio, brutalmente, lo arrojó como un fardo a la otra habitación, y volvió a aprisionar entre sus nervudos brazos a la dulce virgen.

El padre había caído de canto contra una mesa provocando la ruptura de una lámpara de petróleo, cuyo combustible prendió rápidamente en un tapete y pegó fuego poco después a toda la estancia.

Claudina, enloquecida por aquellas torpes caricias, consiguió al fin librarse del malvado; pero éste volvió a darle caza.

Las llamas pusieron de pronto su siniestro resplandor. Gregorio al verlas comprendió que su vida peligraba, y cogiendo a Claudina salió con ella fuera del piso.

—¡Déjeme, déjeme!—gritaba la desgraciada—. ¡Mi padre ha caído! ¡Quiero salvarle!

—¡No, no!—rugió el propietario—. ¡A la calle!

Y la arrastró loco de furor hacia la vía pública, mientras Claudina retorció sus manos gimiendo con grito desesperado:

—¡Mi padre... mi padre! ¡Salvadle!

El piso se había convertido en una hoguera. Y el parálítico se quemaba entre las llamas devoradoras.

Habían acudido muchos vecinos, curiosos, guardias... Un agente descubrió a Claudina como la autora del robo en la tienda.

—¡Ah, sinvergüenza!—le gritó—. ¡Tú has sido la ladrona!

—¡No, yo no!—negó la desdichada—. ¡Salvad a mi padre... a mi padre!

—¡A la cárcel, pronto, condenada!

Ella se resistía, pero aquellos hombres la empujaban rudamente... ¡Y su pobre padrecito estaría allá, abrasándose, moribundo!...

Un lujoso automóvil se detuvo ante la casa in-

cendiada. Una señora que iba en él preguntó a su acompañante:

—¿Qué ocurre?

—¡Nada! ¡Otro nido de ratas que han quemado!—dijo el caballero con despectiva actitud.

Claudina había oído aquel insulto, y mientras era conducida a la cárcel, murmuraba con todo el dio de su alma:

—¡Dios mío, Dios mío, que algún día pueda yo hacer pagar a esos canallas tantas injusticias!

Una hora después era encerrada en un calabozo... Del piso no había quedado nada... Sí, quedaba un viejo carbonizado: ¡su padre!



—¡Dios mío, Dios mío, que algún día pueda yo hacer pagar a esos canallas tantas injusticias!

\* \* \*

Pasó un año. Después de la derrota, la ciudad yacía exánime, agotada por el esfuerzo inútil, y unos cuantos privilegiados se enriquecían fabulosamente, llenaban de oro sus arcas, explotando la miseria del pueblo.

Y entonces de las filas interminables de los oprimidos, salió un bandido, terror de los ricos y esperanza de los pobres, al que, por ir vestido de grana, todos llamaron "El Jinete Rojo".

Bajo su disfraz se ocultaba una hermosa mujer: Claudina, que después de cumplir unas semanas de arresto, se había lanzado a aquella vida de aventura y de venganza.

Robaba a los ricos para entregar su dinero a los necesitados. Quería en sueño loco nivelar la sociedad.

Y las hazañas de aquel moderno caballero andante, que se había erigido en protector de los humildes, no sólo tenía por marco el verdor de la campiña, sino también la uniformidad gris de la ciudad.

Se fijaron en toda Viena unos pasquines que decían:

*Un millón de coronas de recompensa al que facilite la captura de Claudina Schreber, conocida*

*por el sobrenombre de "El Jinete Rojo".*

*El Comisario Superior de Policía, Barón Von Krutz.*

Claudina desde uno de los tejados había presenciado cómo colocaban el pasquín, y sonriente, lanzó su magnífico cuchillo, que se clavó en medio del cartel.

Luego huyó, mientras la policía pretendía inútilmente dar alcance a aquella mujer que saltaba por las azoteas como las brujas.

Claudina se refugió en una pequeña casita, donde estaban reunidos sus amigos.

Para realizar sus planes vengadores, la mu-



*...desde uno de los tejados había presenciado como colocaban el pasquín...*

chacha se había visto obligada a buscar la ayuda de individuos colocados fuera de la ley. Uno de ellos era Conrado "el Buitre", unido a ella no sólo por la ambición, sino también por el amor.

La quería locamente, aunque Claudina no le hubiera dado nunca la menor esperanza.

"El Buitre" comunicó a la muchacha:

—Hay otra almoneda esta noche en casa de Spingler... Se subastan las joyas de los arruinados por la guerra.

—¡Iremos por allá y... nos lo quedaremos todo!—dijo la joven, sonriente—. Y mañana la Comisaría Superior doblará el precio de la cabeza del Jinete Rojo.

—Olvidas que la guardia será también doblada esta noche—contestó "el Buitre".

—¡Nunca tuve miedo! La buena suerte es mi compañera...

Y se dispusieron a preparar el asalto de las joyas.

Aquella noche, en efecto, en la mansión del señor Spingler tenía lugar una de las importantes subastas de alhajas que la guerra trajo consigo.

Era un lote importantísimo, y los invitados, posibles compradores, formaban la legión de lo más selecto de Viena.

Entre ellos estaban el príncipe Semlin y su hija la princesa Cecilia. Y también el conde Gerardo Von Bauer, un perfecto caballero, que era, desde hacía algún tiempo, el prometido oficial de la princesa Cecilia.

Especulaciones vergonzosas habían elevado al antiguo portero Gregorio a la cumbre de su ambición: era ahora nada menos que Comisario Superior de Policía y había reunido dinero bastante para pagarse el título que ostentaba de barón Von Krutz.

Se encontraba también en los salones cortejando escandalosamente a varias mujeres y provocando recelos entre las gentes distinguidas de la capital. ¡Cómo se había elevado aquel ser plebeyo e inmoral!

—Nosotros, los hombres de honor—dijo el conde Rodolfo, tío de Gerardo—, deberíamos proteger a las mujeres de Viena contra la audacia de ese Von Krutz.

—¿Qué quiere usted hacer?—respondió otro caballero—. ¡Es de los que mandan y... no hay más que obedecerle!

Iba entrando gente.

Claudina había llegado ante la casa con sus secuaces.

—Esperadme ahí fuera—dijo—, y aguardad mi señal para entrar.

Penetró en el salón. Iba elegantísima y su porte era señorial, como criada en un ambiente aristocrático.

Sonriendo avanzó hasta ponerse junto a una pared.

El conde Gerardo se fió en la hermosa mujer y la sonrió suavemente. ¡Qué criatura tan divina! También Claudina se sintió un momento intere-

sada por aquel caballero, en cuya solapa del frac brillaba una condecoración de diamantes.

Mientras tanto, se celebraba la subasta. Se hacían pujas; el hombre del martillo procuraba que los géneros tuviesen buenos postores.

De pronto Claudina acercóse a la luz y cerró el contador. Entraron en aquel momento los hombres de su cuadrilla, quienes, revólver en mano y a la suave claridad de la luna que entraba por el balcón, robaron en un momento a todos los invitados, apoderándose luego de las joyas de la subasta.

Cuando los ladrones desaparecieron con su botín, alguien volvió a encender las luces, y todos descubrieron a Claudina, quien, amenazándoles con un revólver, dijo desde una galería:

—¡Gracias, señores! ¡No les privo de sus joyas por mí, sino por los infinitos pobres de la ciudad!

Y saltando por una ventana, desapareció hacia la calle para reunirse con sus cómplices. ¡Si hubiera sabido que en la sala estaba el odiado Gregorio! Este en el estupor de la confusión, no había reconocido a su víctima.

Pasado el primer momento de sorpresa, el jefe de policía, Gregorio, quiso salir en persecución de los miserables, pero ya éstos habían escapado protegidos por la obscuridad nocturna.

¡Cuánta audacia! ¡Es que no habría modo de coger nunca a aquel Jinete Rojo?

Enfurecido Gregorio se dirigió a su despacho

de la jefatura, recriminando duramente al inspector jefe.

—¡Imbécil! ¿Esa es la vigilancia de la policía? ¡El Jinete Rojo ha cometido otra de sus fechorías, y delante de mí!

—Su Excelencia debe reconocer que esa mujer está protegida por los delincuentes profesionales y por el pueblo en masa. ¿Qué podemos hacer contra ella en estas condiciones?— dijo el inspector.

—¡Que salgan todos sus hombres! ¡Yo mismo los dirigiré! ¡Empezaremos por dar una batida en el Rote Vogel!

Y al frente de numerosos agentes se dirigió a un lejano café de los suburbios.

\* \* \*

El café Rote Vogel era el punto de cita de El Jinete Rojo y sus bandas de apaches.

Aquella noche, apenas realizado el delito, se encontraban los ladrones esperando la inminente llegada de Claudina.

El conde Gerardo Von Bauer, al que le habían robado la cruz de diamantes, acababa de entrar en aquella taberna...

Un extraño presentimiento le decía que era allí donde encontraría a alguno de los bandidos.

Sentóse a una mesa, espiado constantemente



por los habituales concurrentes, extrañados de la presencia del elegante desconocido.

De pronto inicióse una gran algarabía y una mujer penetró en el local, llevada en hombros por dos sujetos.

Era Claudina, que sonreía contenta del triunfo.

Después de agradecer las demostraciones de entusiasmo, fué a sentarse a una de las mesas con "el Buitre" y otros compinches.

Gerardo la contempló con emoción. ¡Ella. "El Jineté Rojo", la misma mujer que había visto en la subasta!

Decidido a hablar, conversó con el camarero, y éste transmitió un recado a Claudina.

—¡El caballero de la mesa de enfrente te pide que vayas a beber una copa con él!—dijo.

Claudina se volvió y contempló a Gerardo. Su corazón de mujer sentimental latió violentamente. ¡Aquél era el único hombre que le había interesado en su vida! Recordó haberle visto poco antes en el elegante salón de Spingler...

—¡Dígale que venga aquí! ¡Y vosotros retiraos!

Obedecieron los apaches, y Gerardo ocupó una silla junto a ella.

—¡En qué puedo servirle, amigo?—dijo Claudina aparentando indiferencia.

—Un misterioso instinto me ha llevado aquí—dijo el joven con voz tranquila—. Y venía a ofrecerle una recompensa a cambio de la condecoración

que perdí en la subasta. La gané en la guerra y no quisiera verme privado de ella.

"El Buitre" volvió a sentarse ante Claudina, mirando provocativamente al intruso. ¿Qué venía a hacer allí aquel aristócrata? Varias veces estuvo a punto de coger la navaja, pero un gesto de Claudina le detuvo.

La policía, mandada por Gregorio, llegaba a la taberna. Un apache acercóse a Claudina y gritó:

—He visto a la policía rondando por aquí. Eso, si no me equivoco, quiere decir una razzia segura.

Fué dada la señal de alarma e inmediatamente desaparecieron cuantos tenían algo que ver con la justicia.

"El Buitre" gritó pretendiendo agredir a Gerardo:

—¡Ese señoritillo es el que ha dado el "soplo"! ¡Debe ser un espía de la policía!

—¡Dejadle!—dijo Claudina poniéndose ante Gerardo—. ¡Yo sola me entenderé con él!

Salieron todos por una puerta excusada. Gerardo siguió a Claudina en su huída.

Poco después entraba la policía, y únicamente pudo detener a varios sospechosos sin importancia. Los otros habían logrado escapar.

Ya en la salida secreta, Claudina se despidió de Gerardo y le dijo:

—¡Yo encontraré su condecoración, amigo! ¿Dónde puedo verle a usted?

—En estas señas...

Le dió una tarjeta con la dirección de su palacio, y luego agregó:

—Le agradezco su protección, muchacha... y espero que cumplirá usted su promesa.

—¡Confíe en mí!...

Gerardo regresó por calles tortuosas a su palacio y la muchacha quedó aún en el callejón, acariciando la tarjeta y sonriendo ante el dulce recuerdo del noble.

“El Buitre” se presentó ante ella y le dijo furioso:

—¡No te tolero que vuelvas a hablar con ese maldito aristócrata!

—¡Idiota! Por hablarme así te abofetearía... si no te quisiese un poquito—exclamó ella con desprecio.

—¡Perdóname, Claudina; pero ¿podré esperar alguna vez?

—¡Calma, Conrado, calma! ¡Quizá algún día... quizá...!

No convenía disgustarle. Los servicios de aquel hombre eran inapreciables. Pero ya el alma de Claudina se sentía cautivada por el recuerdo del conde Gerardo.

\* \* \*

Una hora después, ya en su suntuosa casa, el conde Gerardo explicaba a su tío Rodolfo la aventura en la taberna.

—¡Me dejás asombrada! ¿Es posible que la

muchacha con quien hablaste sea nada menos que El Jinete Rojo?

—Posible es, querido tío, aunque te parezca poco creíble.

Marchó Rodolfo, y Gerardo quedó con su criado arreglando su toilette nocturna.

El ayuda de cámara daba muestras de gran nerviosidad.

—¡Perdóneme, señor, estoy muy nervioso! ¡Si ese horrible Jinete Rojo se presentase aquí!

Como si estas palabras fuesen una invocación, abrióse la ventana y saltó por ella, una mujer, Claudina, el propio Jinete Rojo.

El criado dió un grito de espanto y Gerardo contempló con extrañeza a la audaz criatura.

—¡Le devuelvo la condecoración!—dijo ella, que había logrado rescatarla de entre los objetos robados...

Sonrió el conde y quiso pagar con unos billetes la devolución.

Ella los rechazó y dijo:

—Vengo en busca de una recompensa que le saldrá a usted más barata.

—¿Cuál?

—Darne hospitalidad por esta noche.

—¿Acaso huye usted de la policía?

—¡Sí!...

Gerardo vaciló. ¡Era un compromiso terrible aquel! ¡No podía contraerlo!

—¡Me pide usted un imposible!—dijo—. ¡Doblaré la recompensa!

—No quiero su dinero, sino su hospitalidad.

Llamaron a la puerta. El criado quiso abrir, tembloroso. Gerardo le ordenó que no se moviese y fué él mismo a franquear la entrada.

Eran unos agentes de policía. Uno de ellos habló:

—Venimos siguiendo a una mujer y hemos perdido la pista de ella en los alrededores de esta casa.

Gerardo, incapaz de entregar a una mujer, dijo:

—¡No he visto a nadie!

Se retiraron los guardias y el conde volvió a su habitación, donde Claudina le dió las gracias por sus palabras.

—Me he decidido—dijo Gerardo—. No quiero que por mi culpa pierda usted la libertad. Puede usted quedarse aquí por todo el tiempo que guste.

—¿Y puedo estar segura de que no me delatará usted?

—Los de mi raza nunca han hecho traición a su palabra.

El tío de Gerardo entró en la habitación y se sorprendió al ver a la desconocida. Iba vestida de rojo como el propio y famoso Jinete.

—Esa joven será nuestra huésped por algunos días—dijo simplemente Gerardo.

Y ordenó al criado acompañase a Claudina hasta la habitación que le destinaba.

Ya solos tío y sobrino, el primero habló:

—Gerardo, ¿te has vuelto loco? Si esa mujer

es la que sospecho, me parece temerario darle albergue en esta casa...

—Recuerda, tío, que ella casi me salvó la vida en la taberna. Nobleza obliga...

El tío se resignó. En el fondo creía que era una inmensa locura. ¡Si alguien barruntara aquello!

A la siguiente mañana llegaron a los oídos de la princesa Cecilia, la prometida de Gerardo, vagos rumores acerca de la aventura de éste en el Rote Vogel y se dirigió rápidamente a casa de su novio. Iba con su padre.

Gerardo, que iba a casarse con ella casi obligado, pero sin gran amor, le dió toda clase de excusas. Cecilia iba a marchar convencida cuando escuchó unos cantos de mujer que venían del piso principal.

—¿Qué es eso?—preguntó con extrañeza.

—Es... es nuestra nueva criada, que ameniza sus funciones—dijo Gerardo turbadísimo.

Claudina, que era la que cantaba, salió de su cuarto y disputó con un criado que miraba por el ojo de la cerradura de su habitación. Le apartó bruscamente de su lado, quitándole el plumero, con el que le pegó varios golpes. Después bajó la escalera, llevando el plumero en la mano, lo que le daba aspecto de doncella.

Al ver a Gerardo hablando con una mujer, miró a ésta con celos y retrocedió furiosa.

La princesa no pudo reprimir un mohín de disgusto.

—Yo creía, Gerardo—dijo—, que usted y su tío habían prescindido de la servidumbre... femenina.

—Es idea de mi tío. El cree que las manos de una mujer son necesarias para el arreglo de la casa...

—Cecilia, disgustada, se reunió con su padre, que había ido a otra estancia con Rodolfo, y salió del palacio. Llevaba en el alma una melancólica sospecha. Su novio la engañaba...

A la mañana siguiente, Gregorio, el barón Von Krutz, recibía un mensaje inesperado:

*"Señor Comisario Superior de Policía:*

*El conde Gerardo Von Bauer, si no me engañan mis sospechas, alberga en su casa a una mujer que bien pudiera ser la que en la batida del Rote Vogel consiguió huir de la policía.*

*"Princesa Cecilia Semlin."*

—Esa mujer no puede ser otra que el Jinete Rojo—comentó Gregorio, sonriente—. Haremos las necesarias investigaciones.

Mientras tanto, Claudina gozaba en casa del conde de una paz que nunca había conocido. ¡Oh, si pudiera durar siempre!

Sentóse ante el piano y tocó una pieza que allá en los tiempos felices de antes de la guerra había emocionado su alma. Gerardo la sorprendió y escuchó con agrado la suave melodía.

—Nunca creí que supiese usted tocar el piano, Claudina—dijo—. Me parecía algo por completo alejado de su vida.

—En mi vida hay muchas cosas que usted ignora, señor Conde.

—¡Quisiera conocer toda su historia, Claudina, absolutamente toda! ¡Me interesa tanto!

Hablaron. Ella, dolorida, pensando en su triste situación; él con la emoción de tener bajo su techo a una criatura tan bella y aventurera.

Mientras hablaba, un criado entregó una tarjeta al conde. Este leyó:

*"Barón Von Krutz.*

Gerardo, nervioso, rogó a Claudina que se retirase, y la joven lo hizo a la biblioteca. Pocos momentos después el jefe superior de policía se presentaba ante el conde. Este le recibió con frialdad. ¿Qué querría aquel hombre? ¿Habría sospechado algo?

—Vengo, querido conde—dijo Gregorio—, a solicitar su ayuda para un baile de máscaras de Beneficencia que estoy organizando.

—¡No hay inconveniente! Puede usted contar con cincuenta mil coronas.

—¡Qué esplendor, conde! ¡Cómo se conoce que no le ha visitado a usted aún el Jinete Rojo!—dijo malicioso.

Gerardo se estremeció, pero sin perder la serenidad, dijo:

—¿Y a usted no le ha visitado tampoco?

Una sonrisa fría contrajo el rostro del jefe de policía.

—Nunca estuve tan cerca de esa mujer como en

estos momentos—contestó—. Su captura es cuestión de horas.

Y luego de hablar otra vez sobre el baile, se retiró de la casa.

Quedó Gerardo preocupadísimo. ¿Habría sospechado la verdad? Aquellas palabras del jefe policía, ¿no encerraban una gran seguridad?

¡Ah, qué gran dolor! ¡Con lo que Gerardo quería a aquella mujer que de tan extraño modo había iluminado su vida!

Claudina volvió a la habitación y preguntó:

—¿Quién era su visitante?

—El Barón Von Krutz, el comisario superior de policía. Y acaba de decirme con mucha seguridad que El Jinete Rojo caerá pronto en sus manos.

—¡Oh, no caerá, no!—protestó la joven—. ¡Ay, amigo mío! ¡Le he comprometido a usted demasiado! Debo marcharme, seguir sola mi destino.

—Claudina, es usted mi huésped y no la dejaré salir de aquí.

La besó la mano. ¡Cómo la quería! Y ella le miraba también con profunda estimación. ¿Sería posible que alguna vez pudiesen amarse?

De pronto entró un hombre en la estancia y navaja en mano quiso agredir a Gerardo. Era Conrado, "el Buitre", a quien Claudina había mandado un propio anunciándole que nada debía temer por ella, pues estaba en lugar seguro. El propio, que era el mayordomo de Gerardo, amenazado por los apaches, había acabado por confesar el lugar donde se ocultaba Claudina.

La joven apartó rudamente a "el Buitre", y detuvo también a Gerardo, que iba a lanzarse contra el miserable.

—¡Déjeme, Gerardo, un momento a solas con él! ¡Se lo ruego!

Apartóse el noble, y entonces "el Buitre", preguntó, con los ojos brillantes de ira:

—¿Por qué estás en esta casa, Claudina? ¡Tú nos perteneces... a nosotros... a mí!

—Siento causarte daño, Conrado—respondió ella con serenidad—; pero es en esta casa donde he encontrado la verdadera felicidad, y me falta valor para renunciar a ella.

—¡Quiero que vengas conmigo!

—¡Vete... olvídate!

"El Buitre" pretendió abrazarla, pero llegó Gerardo y su revólver puso en fuga al apache.

Mas al escapar, una pareja de guardias que acechaba, detuvo a "el Buitre", y lo llevó a la cárcel.

Fué conducido ante la presencia de Gregorio, el comisario superior, que acababa de regresar de su visita a Gerardo.

—¡No sé por qué me meten a mi en la cárcel!—gritó el bandido en arrebató de celos—. La persona que ustedes buscan no soy yo, sino la que está en estos momentos en casa del conde Gerardo.

—¿Estás seguro? ¿Te refieres a "El Jinete Rojo"?

—¡Sí!

—¡Voy allá!

Y el propio Gregorio, con una legión de policías, partió en automóvil hacia aquel palacio.

Mientras tanto, el conde Gerardo decía a Claudina:

—Ese hombre no volverá a molestarla, Claudina. ¡Ay de él si viene! ¡Claudina, la amo; yo estoy loco por usted!

Aquella hermosa mujer que por venganza se había lanzado a la vida aventurera, le dijo asombrada:

—Pero... ¿será usted capaz de amarme tal como soy?

—¡La amo a usted de todos modos!

Y la besó. Pero el beso fué sorprendido por el tío de Gerardo, quien entró dando muestras de profundo mal humor.

Claudina huyó alegremente, y el viejo recriminó a su sobrino.

—Cecilia está esperándote abajo, mientras tú pierdes el tiempo con esa... con esa mujer.

—¡Muy poco indulgente estás hoy, tío! Has debido olvidar ya tu tormentosa juventud. En fin, voy a calmar a Cecilia...

Quería disimular ante esa mujer a fin de que no entrara en sospechas y descubriese la presencia de "El Jinete Rojo". Le seguiría mintiendo amor hasta el momento en que, pudiendo escapar con Claudina, llegara el temido desengaño...

Cecilia le saludó airada y le dijo:

—He venido porque me tiene usted completa-

mente abandonada, y eso es un insulto para mí. Deseo una explicación y la deseo ahora mismo.

—Vamos, princesa—dijo disimulando—, todo lo que puedo decirle es que reconozco mis culpas y estoy humildemente a sus pies...

Claudina pretendió bajar al salón, pero Rodolfo se lo impidió.

—¡No puede usted hablar ahora con Gerardo! —dijo—. Está con su prometida.

—¿Su prometida?

Y el más vivo furor se asomó a su rostro. Rechazando al viejo, bajó la escalera.



—Ese hombre no volverá a molestarla, Claudina.

Vió a Gerardo acariciando las manos de Cecilia y oyó que el joven decía:

—¡No te preocupes! Pasaremos en Suiza nuestra luna de miel.

Claudina, que ignoraba el plan de Gerardo, se consideró engañada y avanzó hacia ellos.

—¿De modo que un aristócrata, un caballero, engaña con tanto cinismo a quien confía en sus palabras?—dijo.

Turbado el conde, respondió:

—Claudina... cálmese... ya le explicaré... no comprende ahora...

—No se moleste en explicarle nada, conde—dijo riendo la princesa—. ¡Yo sí comprendo! Como todas las de su clase, esta pobre desgraciada se figura que un caballero tiene la obligación de casarse con cada mujer que besa una vez.

—¡Miserable!—rugió Claudina.

Y su mano abofeteó a la princesa. Esta no tuvo tiempo de defenderse, pues la estancia se vió pronto invadida por policías, y Claudina, temiendo su inmediata detención, huyó a la contigua biblioteca.

Los guardias entraban bajo el mando de Gregorio, quien daba órdenes para que aquella vez no escapase "El Jinete Rojo".

Los policías entraron en la biblioteca. Oculta encima de un armario se hallaba Claudina.

Al fin, el destino ponía a Claudina frente a su odiado enemigo. ¡Ah, el miserable! Estaba allá

dirigiendo a los policías, con su aire insolente y canallesco.

¡Cómo se estremeció todo el cuerpo de la muchacha! ¡Para vengarse de Gregorio se había convertido en ladrona! ¡Por fin lo tenía cerca! ¡Bandido! ¡Todas las tendría que pagar! ¡Asesino de su padre, del desgraciado inválido! ¡Ah, canalla!

Unos guardias descubrieron a Claudina, pero ésta se cogió a la lámpara y de un prodigioso salto fué a parar al jardín. Encaramóse a unas azoteas y se perdió pronto de vista.

Una vez más la policía había fracasado.

Pero Gregorio, que no había podido reconocer a la muchacha, se juraba detenerla cuanto antes. Iba en ello el prestigio de su cargo.

\* \* \*

Y llegó el baile de máscaras de beneficencia y en él Claudina eligió el escenario para desarrollar su plan de venganza.

Habían circulado rumores de que El Jinete Rojo iría al baile, y la policía estaba preparada, adoptándose toda clase de precauciones.

—Barón, ¿está usted seguro de que El Jinete Rojo no se atreverá a presentarse aquí?—preguntó el tío de Gerardo a Gregorio.

—No tema usted. Mientras yo permanezca aquí están ustedes en completa seguridad.

Y sonrió con una sonrisa de hombre convencido de sus méritos.

Entre los invitados estaba Gerardo, quien pa-

seaba nerviosamente, sin haberse podido quitar de la cabeza el recuerdo de Claudina. ¿Dónde podría estar aquella hermosa criatura?

De pronto apareció una bella mujer vestida de Jinete Rojo. Creyendo por un instante que se trataba del legítimo bandido Gregorio y un comisario corrieron hacia ella, obligándola a quitarse el antifaz.

Pero no era Claudina... sino otra mujer que había tenido el capricho de vestirse de aquel modo.

La joven desapareció en la vorágine del baile. Y en seguida, otra mujer, vestida también de



—¡Sigue usted siendo tan impertinente como siempre!

granate, apareció ante la puerta. Bajo su negro antifaz brillaban los hermosos ojos negros.

—¡Otro jinete rojo, barón!—dijo un comisario a Gregorio—. Se ve que es el disfraz de moda.

Gregorio acercóse a la linda disfrazada. ¿Quién sería aquella invitada? Desde luego era una mascarita caprichosa como la anterior. El Jinete Rojo no se presentaría de aquel modo.

Se dirigió hacia ella, interesándole el tipo espléndido de su persona.

Claudina, pues era ella realmente, sonrió de lejos a Gregorio. ¡Le convenía atraer a aquel hombre para su venganza!

Gerardo se acercó a ella y la dijo mirando sus ojos negros:

—¡La he reconocido, Claudina!... ¡Como un loco he andado buscándola estos días!

—¡No me descubra usted!—suplicó la joven.

Gregorio había llegado junto a ellos y atraído por la sonrisa que le enviara la mascarita, apartó rudamente a Gerardo.

—¡Esta fiesta es mía, señor, y todas las mujeres que a ella asisten son mías también!—dijo.

—¡Sigue usted siendo tan impertinente como siempre!—gritó Gerardo.

—¿Me insulta usted? Este asunto lo vamos a ventilar ahora mismo y con las espadas.

Claudina se opuso y dijo con una sonrisa insinuante:

—Pueden ustedes matarse mañana si gustan... pero esta noche el barón me pertenece.



Y abandonándose en los brazos del policía marchó con él, dejando a Gerardo en profundo estupor.

Satisfecho Gregorio por la contestación de aquella linda mascarita, quiso arrancarle el antifaz, pero ella se opuso.

—Luego, cuando estemos solos—dijo.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¡Tu voz no me es desconocida!

—¡Ya lo sé! ¡Te conozco!

Habían salido del gran salón y se dirigieron a un gabinete reservado.

Coqueta, con cierta irresistible languidez, Claudina se dejó caer en un diván.

Excitado, acuciado por el deseo, el jefe de policía, quiso besarla y quitarle la careta... Claudina se levantó, comenzando a dar vueltas por la habitación.

El miserable apagó la luz y quiso arrojarla violentamente sobre Claudina, que parecía esquivarle y huir para excitarle más y más.

Logró cogerla y consiguió darle un beso. Ella pareció ceder en su resistencia...

Gregorio sentóse en un sillón y la muchacha acariciándole el cuello se puso detrás de él.

Y de pronto ocurrió lo inesperado. Claudina se arrancó la careta y con un pañuelo rodeó la garganta de Gregorio, comenzando a apretar para producirle la asfixia.

—¡Al fin vas a pagar la muerte de mi padre...

Gregorio, el portero!—rugió ella—. ¡Soy Claudina, tu víctima!

Desesperado, sintiendo aquel terrible dogal que le apresaba, el policía realizó un terrible esfuerzo y logró levantarse.

—¡Claudina!—rugió—. ¡Tú! ¡Ah, esta vez no te me escaparás! ¡Te lo juro!

—¡Sí, Claudina! ¡El Jinete Rojo!

—¡Ah, criminal!

Cogió un cinturón y comenzó a perseguir y a azotar a la muchacha.

Pero Gerardo, que había oído rumores de lucha, corrió hacia el gabinete y encendió la luz.

Lanzóse sobre el barón separándole de Claudina.

—¡Canalla!—dijo—. ¡Ya va siendo hora de que en Viena alguien te haga morder el polvo! ¡Defiéndete!

Cogió de una panoplia dos espadas y ofreció una a Gregorio. Este, rojo de ira, mirando con ojos extraviados a Claudina, quiso lanzarse contra la mujer, pero Gerardo se lo impidió.

—¡Nadie pondrá sus manos sobre El Jinete Rojo! ¡Defiéndete, bandido!

Cruzaron las espadas, sedientos de sangre, de odio mortal. Salieron de la estancia continuando el desafío por la gran escalinata que daba al salón.

Los invitados contemplaron horrorizados el desafío.

Gerardo, esgrimista estupendo, rechazó los

ataques del policía, y atravesó de una soberbia estocada el pecho del miserable.

Cayó éste pesadamente, sin dar señales de vida.

Gerardo cogió a Claudina, y abriéndose paso con su espada, gritó:

—¡Atrás, atrás todos! ¡Me llevo al Jinete Rojo! ¡Nadie le tocará! ¡Yo soy su protector!

Y ante la estupefacción general, salió de allí, mientras algunas damas se desmayaban y los caballeros se acercaban a auxiliar a Gregorio. Pero estaba ya muerto. Había pagado de una vez su negra historia.

\* \* \*

Algunas semanas después, dos seres saboreaban su luna de miel lejos del mundo, en el blanco refugio de los Alpes tiroleses.

Eran Claudina y el conde Gerardo. Y los dos volvían a leer una carta que habían recibido aquella mañana.

“Querido sobrino:

“Se ha decretado la amnistía del Jinete Rojo por el nuevo Comisario de Policía, y toda Viena ha reconocido al fin los servicios que Claudina prestó a la causa del pueblo. Por lo tanto, le espera un recibimiento triunfal.

”Tu tío, Rodolfo.”

Y los dos jóvenes se besaron alegremente, soñando ya en un futuro venturoso y tranquilo, sin nada que turbara su ya radiante amor.

FIN